

Las ideas estéticas de Enrique José Varona y José Martí

ROSA M. CABRERA

Enrique José Varona y José Martí son coetáneos si nos atenemos a las fechas de sus nacimientos. Pero la extensión de sus vidas difiere: Martí inmoló su vida en el campo de batalla y no presenció el triunfo de sus ideales libertarios; Varona, el pensador camagüeyano, se adentró bien en el siglo xx y participó en los tanteos iniciales de la república cubana.

Ambos tienen diferencias sustanciales, pero también puntos en común. Don Enrique José hizo de la enseñanza un sacerdocio y de la filosofía un fecundo ejercicio. José Martí se entregó a la lucha por la independencia de Cuba con dedicación incontenible y al quehacer literario con hondísima vocación.

Al observar en perspectiva el panorama de los pensadores y ensayistas de la América hispana, se aprecian dos grupos bien definidos: los revolucionarios en pensamiento y expresión, escritores fáusticos y vibrantes que reflejan protesta y rebelión, inconformidad y anhelos de purificación; a este grupo pertenecen Manuel González Prada, José Martí, José Vasconcelos y otros. Siguiendo una línea de ponderación estilística y reflexión serena y cuidadosa, se encuentran Andrés Bello, Juan Montalvo, José E. Rodó y Enrique José Varona, que forman, con otros, la segunda tendencia que apuntamos.

Las doctrinas estéticas al uso orientan la preocupación por la

belleza y sus valoraciones en los dos escritores cubanos. Varona es, a la vez crítico, educador y filósofo. Acertadamente lo incluyó Francisco Romero en «la generación insigne de los fundadores».¹

José Martí, sin desdeñar la filosofía, no se dedicó a ella. Su vocación era la literatura, llevada a la más acendrada expresión lírica y a la prosa fulgurante en sus discursos y escritos.

La expresión estética de Varona coincide con su sereno caudal filosófico; la de Martí, brota con su pensamiento lírico, como parte o consecuencia de él y no como un razonamiento separadamente disciplinado.

La obra del camagüeyano está presidida por la medida y la reflexión. Su amor a la belleza no le convirtió en espectador más o menos entusiasta. Su actitud es la de un testigo escrutador y penetrante. Varona es analítico del arte sin que su análisis excluya la emoción apasionada. Martí es un gran sensitivo de la belleza en sus distintas manifestaciones. Su sensibilidad agudiza su capacidad de juicio. Tenía el Apóstol una intuición casi suprasensible del ámbito artístico que le rodeaba: ningún aspecto del mismo le era ajeno o indiferente.

El proceso de las ideas filosóficas y estéticas en Cuba siguió un ritmo similar al de Europa, con algunas variantes. En las últimas décadas del siglo xix se publicó la obra «Vorschule der Aesthetik», de Fechner, que tuvo gran trascendencia. Empezó a alborear una nueva orientación con *la estética experimental* de Wundt, Kulpe, Lipps y otros. Asoman, también, otras doctrinas, como *la estética genética* de Spencer, *la estética sociológica* de Guyau y, por fin, *el expresionismo estético* de Croce.

Varona no decantó las esencias del problema estético, ni escribió sistemáticamente sobre su fenomenología; sin embargo, sigue en ciertos aspectos a Spencer y a Guyau. Martí no puede ser encasillado como filósofo y no realizó obra clasificable como tal, pero dejó tan claramente sentado su amor a lo bello, su preocupación por la perfección estilística, que de no ser por la canalización de sus esfuerzos hacia el ideal libertario de Cuba, hubiera sido, sin duda, un esteta cabal que tal vez hubiera dado al continente una doctrina original y revolucionaria, como lo fueron su prosa y su poesía.

1. Francisco Romero, «Filósofos y problemas», Buenos Aires, Losada, 1947, p. 16.

Entre los años 1877 y 1878, tuvo Martí que enseñar historia de la filosofía en Guatemala. Fue posiblemente en esta época que ahondó en los sistemas que ya conocía desde sus años de estudiante. Si tuvo alguna preferencia, podría mencionarse la corriente estoica, con matices senequistas. También las ideas de Krause, tan en boga en España y favoritas de su maestro Mendive, ocuparon su atención. La actitud martiana en cuestiones de filosofía y estética es muy personal: un profundo humanismo, matizado de ternura y comprensión, está contenido en muchas de las expresiones de su pensar. De ahí su acentuado idealismo. Más adelante se familiarizó con las nuevas escuelas: positivismo, evolucionismo, expresionismo, pero a ninguna se suscribe y de todas asimila lo que tienen de coincidentes con su pensamiento.

Varona, lo mismo que Martí, produjo abundante obra crítica y ensayística; en ella hemos de espigar para encontrar su credo estético, pues trabajos específicamente dedicados a esa disciplina, dejó muy pocos. En el caso de Martí, no hay labor estética «per se». Pero se encuentran en sus escritos numerosas ideas, que permiten establecer su posición ante la belleza y el arte.

Uno de los trabajos más importantes de Varona en relación con el arte, no es ensayo precisamente, sino el discurso que pronunció en el Teatro Payret de la Habana, el 21 de enero de 1883, titulado «La Importancia Social del Arte». Por la elegancia y pulcritud de la prosa y la ausencia de improvisación, al ser recogida en forma escrita, puede bien ser clasificada como ensayo por la sagacidad y hondura del pensamiento.

Acentúa Varona los valores emocionales y expresivos del arte como recurso de comunicación, no sólo entre los hombres sino también entre los pueblos:... «la verdadera excelencia, el grande y legítimo valor del arte como elemento *emocional* y *expresivo* en la vida del hombre, como elemento de *comunicación* y *simpatía* en la vida de las sociedades».²

En estas frases se aprecia la importancia que Varona concede al problema de la comunicación y que, según el Dr. Luis A. Baralt, proviene de «la necesidad de expresión que tiene sus raíces en las mimesis que expone Aristóteles en su Poética y que repercute en las más recientes ideas sobre la esencia de la experiencia estética,

2. Enrique José Varona, «Seis conferencias», Biblioteca de la Ilustración Cubana, Gorgas y Cía., Barcelona, p. 31. El subrayado es mío.

como en la doctrina de Bernardo Bosanquet sobre la tendencia a la comunicación».³

También asigna Varona una función selectiva al arte, con lo cual logra mayores alcances universales, al proyectarse sin limitaciones temporales y cronológicas. De la misma conferencia: «Así como el arte que completa y universaliza, el lenguaje, *recoge, conserva y trasmite* lo más selecto de cuanto el hombre *observa, piensa, siente*: la flor de la cultura de una época.» Explica más adelante que nada puede explicar mejor el ascetismo que «Un monje orando de Zurbarán, y nada expresa mejor la vida pública, la animación y el tumulto que «La Ronda Nocturna» de Rembrandt. Considera como una vigorosa expresión de la voz popular acallada por la monarquía a «El Castigo sin Venganza» de Lope de Vega. El pensador cubano, cuando se refiere al lenguaje del arte, lo hace teniendo en cuenta, no solamente a la literatura, sino a las demás formas artísticas. Lenguaje es expresión, cualquiera que sea su vehículo: color, sonido, forma o palabra.

En otra de sus conferencias, «Cervantes», dice: «Las aventuras de Don Quijote son un símbolo transparente de la vida humana.»⁴ En las sucesivas páginas de este trabajo, nos muestra la importancia que señala Varona a las relaciones simbólicas entre la vida y la creación estética. Ya el Dr. Roberto Agramonte había afirmado que Enrique José Varona «es empiricista, aun en la órbita de la belleza».⁵

Empiricismo y simbolismo no están reñidos, si aceptamos la afirmación de Agramonte. Por otra parte, el filósofo mismo afirma del idealismo: «Lo que llamamos arte es lo absoluto.»⁶

Bien se ve que concibe el idealismo como doctrina de límites flexibles, donde puede situarse la acción de la fantasía, creadora de símbolos y rechaza con energía el tradicionalismo que dogmatiza.

Un ensayo que es excepción en el conjunto de la producción varoniana, es «La Gracia», su único trabajo extenso sobre cuestio-

3. Dr. Luis A. Baralt, «Las ideas estéticas de Varona». Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su natalicio, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1951, p. 331.

4. Enrique José Varona, «Seis conferencias», Biblioteca de la Ilustración Cubana, Gorgas y Cía., Barcelona, p. 92.

5. Roberto Agramonte, «Varona, el filósofo del escepticismo creador». Exégesis del centenario (1849-1949), J. Montero, La Habana, 1949.

6. Enrique José Varona, «Estudios literarios», La Habana, 1883, p. 232.

nes de estética. En este estudio, su detenido análisis le conduce a una revisión de los conceptos de «lo lindo» y «lo gracioso». También trata de explicar la gracia como expresión de lo pequeño en movimiento ligero. La gracia, según Varona, «debe producir un sutil levantamiento del alma a una región de ingravidez, donde se siente liberada de la pesadez de la materia».⁷

En otros de sus pensamientos, sorprendidos en obras de mayor aliento, niega el pensador la belleza objetiva, ya que ni la naturaleza ni los objetos son bellos en sí mismos, pues su belleza es aparental y subjetiva. De estas afirmaciones se deriva su actitud relativista en cuestiones de estética. Reconoce la vigencia del arte y sus estrechas raíces vitales, siendo a veces más vigoroso y persistente que la vida misma. No obstante su acentuado pesimismo, cree Varona en el incesante progreso de las artes y estima que en nuestro tiempo se ha enriquecido la capacidad humana de sentir y se han afinado los medios de expresión.

José Martí está clasificado entre los idealistas de la libertad. En cuestiones de estética se inquieta vivamente ante dos problemas: el de la lucha contra el realismo europeo y la necesidad de crear una literatura de perfiles americanos. Ya desde su estancia en México decía en «La Revista Universal»: «Toda nación debe tener su carácter propio y especial, ¿hay vida nacional sin literatura propia?»⁸

El afán de Martí por la búsqueda de una identidad literaria genuinamente americana, tiene las más íntimas relaciones con su anhelo de sinceridad expresiva, frecuentemente proclamado. El breve ensayo «Mis Versos», escrito como introducción a sus «Versos Libres», es tal vez la más patente confesión estética del Apóstol y en él insiste en la importancia relevante de la honestidad creadora:

«... Pero la poesía tiene su honradez y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje.» Martí establece un sutil enlace ético-estético: la creación

7. «El pensamiento vivo de Varona», presentado por Félix Lizaso, Editorial Losada, Buenos Aires, 1949, p. 126.

8. José Martí, «Obras Completas», Editorial Trópico, La Habana, 1936-53, vol. XLVIII, pp. 22-23.

9. José Martí, «Versos». Estudio crítico de Eugenio Florit, Las Américas Publishing Co., New York, 1962, p. 102.

artística como expresión de verdad, que no debe sufrir menoscabo ni debilidades. El verismo estético preside la ideología martiana. En sus numerosos ensayos encontramos afirmaciones que así lo subrayan. La fantasía, los símbolos, que con tanta elegancia y originalidad utiliza, no han de desvirtuar la verdad ni desfigurarla. El esteticismo de Martí acusa apasionamiento caldeado. La Plástica, en sus expresiones cromáticas y formales, le conmovía más que la música. El arte es refugio del espíritu, y al mismo tiempo, tiene una misión social ineludible y de su actividad ha de derivarse un armónico equilibrio. Por su posición, se acerca en algunos casos al expresionismo de Croce, señaladamente en los conceptos que revelan la función de la inspiración y del razonamiento. La belleza, como resultante, ha de lograr una manifestación espontánea que excluya todo artificio.

No pudo Martí sustraer su sentido patriótico y americanista de su postura estética. Insiste en la expresión nacional como afirmación de identidad espiritual y de dignidad humana. Así lo declara cuando escribe: «El Arte, como la literatura, ni se improvisa ni se transplanta... El arte ha de madurar en el árbol como la fruta... constituyen al fin de larga vida, *el carácter nacional*, que como se sale el alma al rostro, en el Arte y en la Literatura se reflejan.»¹⁰ Y en otro de sus escritos: «... y crean, por la unión de hombres semejantes en lo alto, *el alma nacional*».¹¹

Las expresiones «alma nacional» y «carácter nacional» afirman los valores que constituyen el acervo que categoriza y distingue a un país.

Vivió Martí en los comienzos del modernismo y participó activamente en su iniciación. Sobre este movimiento afirma, al referirse a algunos poetas: «que viven con un alma estética, en pueblos podridos o aún no bien formados».¹² ¿Qué significación esconden las palabras «alma estética»? Tal vez sea una alusión a la conciencia lírico-estética que ha de tener todo poeta digno de tal nombre.

Martí entendió bien el modernismo, y al impulsarlo, se sintió en vivo contraste con otros poetas contemporáneos, de actitud opuesta o distinta a la suya. Comprendió que para muchos, el movimiento ofrecía una posibilidad de evasión, ante un medio de hostilidades

10. José Martí, «Obras Completas», Editorial Trópico, La Habana, 1936-53, vol. XXXI, p. 81.

11. *Ibid.*, vol. XXXII, p. 69.

12. *Ibid.*, vol. LXII, p. 57.

sociales o políticas. El Apóstol, inconforme también con su realidad, no quiso rehuirla, sino que trató de transformarla y purificarla en la medida de sus ideales.

Aunque Martí fue corifeo del modernismo, se apartó con temor de todo lo que implicara imitación o que conllevara frialdad técnica o esteticismo calculado. En su ensayo sobre el poeta cubano, Francisco Sellén explica sus ideas sobre la sinestesia, recurso del agrado de los simbolistas: «Cada cuadro lleva las voces de color que le está bien; porque hay voces tenues, que son como el rosado y el gris, y voces esplendorosas y voces húmedas. Lo azul quiere unos acentos rápidos y vibrantes y lo negro otros dilatados y oscuros.»¹³

Habló Martí de los escritores y de la postura crítica, que ha de ser estímulo para crear motivaciones. En la problemática generacional no pareció interesarse. Su sentido humanista le inclinaba a estudiar al poeta en su individualidad y en sus relaciones con el ambiente. No fue Martí teorizante; su temperamento le impulsaba, no al frío análisis del proceso literario, sino a detenerse en el hombre mismo. Superpuso categorías: la espiritual del hombre, la social del ambiente y la real de la naturaleza. Sobre esta trilogía edificó sus ideas.

Las ideas de Martí y las de Varona, tienen una vigencia estética por encima de las escuelas, tendencias e ismos. Su sitio está entre los que encendieron chispas de ideales artísticos y espirituales en una generación americana.

13. *Ibid.*, vol. XIV, pp. 59-60.

En recuerdo de José Isaacs de Diego Padró

«EL MINOTAURO SE DEVORA A SÍ MISMO» (Apuntes críticos)

SOCORRO GIRÓN

Esta novela trata de la «aniquilación del hombre por el hombre mismo». El Minotauro es la humanidad que se está aniquilando ella misma. Dice De Diego Padró en las páginas 58-59 de su novela:

Nuestra época se complace en la aniquilación del hombre por el hombre mismo. La humanidad entera es hoy semejanza de un monstruo, de una hiedra multicéfala y gigantesca que se destruye a sí mismo; es como el Minotauro de la leyenda que ya no se comé a otros; que ya no gusta del manjar exquisito de los jóvenes atenienses que le eran enviados como tributo, sino que, consciente o inconscientemente, se va devorando poco a poco a sí mismo, encarnizadamente, sistemáticamente, fatalmente.

Insiste De Diego Padró en la explicación del título de su relato en la página 157 de la misma. Dice:

Los descendientes del hombre de las cavernas, del vencedor de las grandes bestias, son ahora los habitantes del reino de Satán, adoradores de las todopoderosas divinidades totémicas de Ciencia y Tecnología, propulsores de la razón de la sinrazón, Prometeos encadenados a la finitud y nulidad de ellos mismos, los muy ilustres sacerdotes de la prisa, de las velocidades supersónicas, y del estrépito global de la vida moderna, que han inventado la mecanización